

CARTAS

DE

EUGENIO DE SALAZAR,

VECINO Y NATURAL DE MADRID,

ESCRITAS Á MUY PARTICULARES AMIGOS SUYOS (1).

I.

Carta á un hidalgo amigo del attor, llamado Juan de Castejon, en que se trata de la córte.

Mucho me importuna vmd. sobre que le escriba algo del modo, uso, trato y cosas de la córte, como si esto se hubiese de hacer tan á la corta que se pudiese encerrar y comprender en una carta. Ovillo es éste que si se comenzase á desenvolver, podrá llegar al cabo del mundo el hilo. Mas todavía, por complacer á vmd. en algo (pues las sentencias que se han pronunciado en los pleitos que tiene en chancillería de Valladolid no le complacen en nada), descogeré un poco de esta cuerda: vmd. podrá ir devanando, y no quiero decir devaneando (2), porque el devanar no se hace bien en lugar tan solitario y de tan poca gente y trato como ése: acá se hace muy mejor, porque la gente es mucha, los tratos y las negociaciones muchas; las pretensiones y pretendientes muchos; los amores muchos, y muchos más los dolores.

El henchimiento y autoridad de la córte es cosa muy de ver. Porque está tan llena de las personas reales, de prelados, de dignidades, de sacerdotes, de religiosos, de señoras, de caballeros, de justicias, de

letrados, de escuderos, de negociantes, pleitantes, tratantes, oficiales y menestrales, que es cosa de admiracion; y como no todo el edificio puede ser de buena cantería de piedras crecidas, fuertes y bien labradas, sino que con ellas se ha de mezclar mucho cascajo, guijo y callao, así en esta máquina, entre las buenas piezas del ángulo hay mucha frogá y turronada de bellacos, perdidos, facinorosos, homicidas, ladrones, capeadores, tahures, fulleros, engañadores, embaucadores, aduladores, regatones, falsarios, rufianes, pícaros, vagamundos, y otros malhechores tan amigos de hacer mal, como lo era Cimón ateniense, y es nuestro conocido (3) el beneficiado de no hacer bien. Está la córte, allende de esto, llena de gentes extranjeras de diversas naciones; encontraréis por las calles unos (4) que os saluden con: *beso la mano de vmd.*; otros (5) os dicen: *beso as maos a vosa mercé*; otros (6): *agur xaona orduan çagoçala*; otros (7): *bon giorno, mi ricommando a la signoria vostra*; otros (8): *musieur, je me recommande à vostre bonne grace*; otros (9): *Got berlina huberlib den gudem dag*; otros (10): *gutmara gad boe*. De manera que hay tanta diversidad de saludos, que parece vinieron como guarnicion y presidio á impedir el daño que el ejército de médicos cortesanos pretende siempre hacer en la gente. Y hay tanta diversidad de lenguas entre ellos, como entre los que edificaban la torre de Babel.

Andan en córte unos vestidos á la castellana, otros á la francesa y borgoñona, otros á la tudésca, y otros de otras maneras de trajes que los donados de Santa Catalina no darian un real por ellos

(3) Era un clérigo rico que tenia poca caridad y hacia poca limosna. (Nota del autor.)

(4) Españoles.

(5) Portugueses.

(6) Vizcainos. El saludo está mal escrito, y debe ser de esta manera: *agur, jauna, ordu onean çagoçala*.

(7) Italianos.

(8) Franceses.

(9) Flamencos y tudescos. Así en el código; pero habrá de leerse: *Got verlei he euer libden guten tag*; ó si es flamenco: *goeden dach*.

(10) Ingleses. Debíó decir: *good morrow, good bye*.

(1) Publicó por primera vez estas donosas cartas, en 1866, la Sociedad de Bibliófilos Españoles, enriqueciéndolas con una excelente introduccion y con numerosas noticias de la vida del autor, debidas á la diligente cuanto docta pluma de don Pascual de Gayángos.

Nació EUGENIO DE SALAZAR en Madrid, por los años de 1530, y fué uno de los importantes hombres públicos en la carrera judicial, y uno de los notables escritores del reinado de Felipe II; la coleccion de sus obras en prosa y verso se conserva inédita en la rica librería de la Academia de la Historia, fuera del poema titulado: *Navegacion del Alma por el discurso de las edades del Hombre*, que manuscrito posee la Biblioteca Nacional. Se ignora el año de su muerte; mas sabiéndose por declaracion propia que alcanzó edad avanzada, no es temeridad suponer que moriria á fines del siglo ó muy á principios del siguiente. De sus numerosas y varias producciones en prosa y verso dió cabal noticia el sabio bibliógrafo don Bartolomé José Gallardo, en su edicion de la célebre carta llamada de los *Cata-riberas* (cuarta de esta coleccion), atribuida ántes al célebre don Diego Hurtado de Mendoza y que ya habia publicado Valladares en el tomo XVIII de su *Semanario erudito*.

(2) Lo mismo que «andando en devaneos.»

para su traer. Barbas andan mil cortadas á la pimentela, ninguna á la azafrana, muchas á la marquesota, pocas á la condesina ni á la duquesa. Bocos algunos al uso del buen tiempo, descubierto el hocico y el diente, y aun el colmillo. Otros traen hechos los bigotes tan largos y feroces, que quieren con ellos espantar las gentes y poner ánimo á las garrapatas; y algunos los dividen, y se hacen dos pares de ellos, porque con aquello se tiene por experiencia dobla la braveza de los corazones. Muchos traen los mostachos tan crecidos, y tan cubiertas las bocas con ellos, que las dichas bocas, cuando acaso se descubren, parecen siesos de caballos cubiertos con sus colas muy pobladas. Son estos mostachos como guardas de puertos, que ninguna cosa entra ni sale que no la han de registrar. Y así, si por el puerto de la boca entra alguna leche, algunas natas, yema de huevo blanco, caldo de algun guisado ó potaje, allí le detienen á la puerta, y, en fin, les ha de dejar en las uñas, ó derechos ó cohechos. Si por el puerto sale alguna saliva, gargajo ó flemas, por de prisa que quiera salir, estas guardas lo detienen una hora para ver lo que sacan, que no se pueden escabullir de ellas. Y finalmente, lo que entra y sale por estos mostachos, es como lino que pasa por rastrillo, que ha de dejar la estopa en las púas. Empero hallo yo que tienen otro bien, y es que, como la raposa se aprovecha de su cola empapándola en su raposina para rociar con ella y desviar de sí los perros que la siguen y van alcanzando, podrán los enmostachados empapar sus mostachos en mosto de San Martín ó Yépes, y salirse á negociar sin miedo de la sed, porque cuando ésta les fuere alcanzando, podránla remojar de tal manera con el rocío de sus mostachos, que no pueda darles alcance ni hacer presa en ellos, porque podrán llover vino, como llueve agua el admirable árbol de la isla de Hierro.

Unos en esta córte se sirven á la española, acompañándose de tantos criados, que cuando van por la calle parecen hombres que llevan á ajusticiar, segun van rodeados de gente de pié. Otros tienen en esto más regla y moderación, como lo solian hacer los extranjeros, llevando consigo un solo lacayo que tenga el caballo, si se apeáre, y un paje que le acompañe donde entráre, y otros se sirven conforme al primer uso de nuestros primeros padres, mandando á sí mismos lo que les conviene, y aun tengo yo á éstos por los mejor librados, pues no tienen que lidiar con tan capitales y desapiadados enemigos, como son los criados y mozos de esta córte; de los cuales di tú, famosa bellaquería, glotonería, embriaguez, impiedad, infidelidad, ingratitud, desconocimiento, descomedimiento, descuido, tahurería, rufianería, sisa y latrocinio, lo que sabes; que yo de estos crueles azotes de los hombres de bien, caribes que tragan gente humana, gusanos que comen las carnes de los cortesanos, y landres que Dios envía á la córte por los pecados de la córte, no tengo lengua para hablar, ni pluma que quiera mojarse en tan necia, ruin y bellaca tinta.

Mesas muchas hay espléndidas en esta córte, donde de ordinario se asientan muchos caballeros y escuderos sin ser convidados. Porque el señor ó caballero que aquí hace plato, tiénese por obligado á aquellos que se vienen á asentar á su mesa, siendo personas que licitamente pueden ser admitidas. Son estas mesas servidas de diversas maneras; las borrañonas son las más usadas, porque como se pone junta toda la comida de tres ó cuatro veces, y cada vez se hinche toda la mesa de diversos manjares, asados, cocidos y guisados, son ménos costosas, y hartan más presto con la vista de aquel henchimiento. Suelen algunos de los que allí comen, por dar á entender que traen poca hambre, dar al papo mucho ménos de lo que él demanda; y porque no se piense que tienen en mucho las aves y manjares regalados, dejan la perdiz, el capon, el faisán, el francolin, el pavo, el manjar blanco, el minautre (1), los pasteles, las empanadas de venado y jabalí, y las tostadas, y dan en la vaca y en el carnero, sin poner la mano en otra cosa de la mesa, bien contra la voluntad de su apetito y gana, que como niños á la madre están pidiendo á la mano de todo lo que ven delante. Despues en casa el papo y estómago se quejan y claman contra la mano, diciendo que para qué se dijo: *del pan de mi compadre* (2), etc., si ella en la mesa ajena, que no le cuesta blanca, ha de andar tan corta y limitada y hacerles padecer hambre, y si alguna vez los harta, ha de ser del manjar más grosero y ménos gustoso. La mano se descarga diciendo que conviene aquello al honor de su señor, porque no se piense que los lleva á que maten la hambre en mesa de otro. El papo y estómago dicen que no les parece bien aquella disimulación tan en perjuicio suyo, y que en resolución tiene hartos duelos quien ha de comer por mano ajena.

Andan galanes sin número en esta córte, hechos enjundias de amor, derritiéndose por cualquier parte, que defenderán la hermosura de sus damas con una espada y una capa al fuerte Brimartes (3) armado de todas armas. Y es lo bueno que se pondrán á todo este riesgo por damas que no pornán por ellos un alfiler de los con que se prenden los cabos de la toca.

Darse han en esta córte mil contradictorias verdaderas; hombres de mucha cristiandad, religion y celo, y por el contrario otros, ¡oh his de putas, y qué grandisimos bellacos y malos cristianos, sin acuerdo de Dios ni de sus ánimas, olvidados de la muerte temporal, y aun de la vida eterna! Hombres de grande autoridad y veneracion; y hombres

(1) Así en el códice; pero debió decir mirrauste, que era una salsa compuesta de almendras machacadas, canela y miga de pan, rociado todo con caldo de la olla. Servíase para pollos, palominos y otras aves. Véase á Ruperto Nola, *Libro de guisados*; Logroño, 1524, 4.º, fól. 16.

(2) *Buen satico á mi ahijado*; dicese por los que son liberales de los bienes ajenos. Véase á Juan de Mal Lara, *Philosophia vulgar*, cent. vi, fól. 167.

(3) Héroe caballeresco, nombrado en una de las partes del Amadis.

(hablando con perdon de los que lo son) tan bajos de pensamientos, tan viles, apocados é infames, que con razon pueden ser tenidos por la hez del mundo. Entre los cuales juzgo por más bajos y viles estos truhanes, que por más honrarlos ya los llamamos locos, y si los baptizásemos con su verdadero nombre, los llamaríamos bellaquiarcas, como llamamos heresiarcas á los caudillos mayores de los herejes. Son estos bellacos tales, que si en su oficio mueren, ni el cielo los ha de querer, ni el purgatorio los ha de admitir, y aun los gentiles antiguos creyeron que el infierno se habia de despreciar de acogerlos, porque ni las almas que allá están, gustan de sus truhanerías, ni los diablos se precian de bailar al són de sus guitarras.

Hay muchos hombres en esta córte de condicion noble, quieta, llana y de mucha humildad; otros tan inquietos, tan bullidores, y bulliciosos y entremetidos, como el azogue y las salamanquesas y las agujas; y otros tan hinchados, que parece traen piezgos como odres por bajo, porque no se les vacie el aire; aunque á la verdad estos hinchados suelen más de ordinario ser los más nuevos en la córte, que ni ellos la han entendido el humor, ni ella los tiene conocidos.

Hay hombres francos, liberales, generosos, que tienen por gran felicidad el dar; otros mezquinos, cuitados, desastrados, que no se hartan de tierra, como sapos, más tenaces que tenazas; hombres que si el real entra en su poder, entra en perpétuo cautiverio; hombres que son como alcancias, donde puede entrar el dinero, y no salir, si la alcancia no se quiebra.

Hay aquí hombres de claros y asentados entendimientos, delicados juicios, agudos ingenios y prestas habilidades, que con facilidad ahondan hasta el centro de la tierra y penetran los cielos; y hombres de solo nombre, tan cargados de gruesa y pesada necedad, que me espanto cómo se pueden menear con tanto peso; hombres que yo no alcanzo para qué son necesarios en la córte, ni aun en el mundo; porque para los coches hay pías, para los carros mulas, para traer leña del monte acémilas, para arar bueyes, y para acarrear agua asnos: no sé cierto de qué pueden éstos servir ni aprovechar; sino que en fin la necedad, como señora de tantos vasallos, sustenta aquí éstos á pesar de nuestro rey, aunque son de ley contraria, y tan obstinados necios, que no bastan todos sus sabios para convertir uno de ellos.

La soberbia es coronela de un crecido cuartel de este ejército de la córte. La vanidad es maestra de campo de un gran tercio de esta gente, la cual expende y consume toda su renta y substancia en solas tres cosas, es á saber: en cubrir y adornar sus aposentos de ricas tapicerías, lucidos tafetanes y damascos, vistosos cueros, costosas camas y estrados, galanos cofres, sillas y bufetes; en vestir sus cuerpos de costosos trajes, y en cargar sus mesas de buenos manjares. La cuenta de los gastos de la vida de cada uno no se escribirá en cien balones de pa-

pel; el testamento de estos tales de ordinario se suele escribir en la uña; porque como los bienes de los defuntos sean los que queden, pagadas las deudas, de ordinario los cuerpos de deudas se suelen sorber estas herencias, y aun quedarles los buches casi del todo vacíos.

Tienen grandísimo trabajo los cortesanos que se tienen por obligados á hacer demostracion en las tres cosas dichas, y más si son casados. Porque sólo para el tocado de las cabezas de sus mujeres no les basta cuanto ganan los mal aventurados; que si los tocados fuesen solamente castellanos, podríanse honestamente sustentar; empero los ménos nacieron en Castilla; los más son franceses, húngaros, tudescos, milaneses, tangomangos, guineos, pitagóricos, peripatéticos, magos, lunáticos, cornúpetas, diablicos y endemoniados. ¿Quién podrá explicar el trabajo de los pobres maridos cortesanos con las galas, con los arreos, con los afeites, con las devociones, estaciones, visitas, juntas, fiestas, meriendas y colaciones de sus mujeres; con aquel dar todos á entender que no hay mal que sospechar ni imaginar de ellas, aunque se vayan á ensayar en los trinetes de la casa pública, y aunque se metan á escudriñar los senos del infierno; y aquel entender á la clara muchos de ellos que sus mujeres no hacen cosa que buena sea, ni principio que á buen fin se enderece?

Pues ya que la de las mujeres es carga tan pesada, y el de los criados contrapeso tan insufrible, las criadas y mozas de casa alivian á los pobres cortesanos y á los que en córte vivimos. Pasóse ya aquel siglo dorado en que las criadas y mozas de servicio servían, tenían vergüenza y honestidad, y guardaban su limpieza.

Aquí quisiera acabar, si vmd. me da licencia; que paso ha sido este último para dejar mi pluma más que cansada, y aun mi estómago más que revuelto. Por lo cual no pienso ahora meter el pié en los oficios, ni entre los oficiales de tantas maneras y especies de secretarios, contadores, escribanos, alguaciles y procuradores como hay en esta córte; porque podría ser que aunque le quisiese el hombre retirar y sacar de presto, me le hubiesen cortado ántes, creyendo que llevo dineros en el zapato. Sólo quisiera tratar de una cosa, y casi general costumbre, ó por mejor decir corruptela, que hay en esta córte, que es tener todos los cortesanos puestos siempre los ojos en el blanco de su particular, sin atender al cómodo ni descómodo del prójimo, como perros y gatos que están al derredor de la mesa cuando el señor come, que el que más presto puede coger el hueso ó el pedazo de pan que de la mesa se arroja, ése le coge, sin atender á la hambre del compañero; tanto, que anda entre estos cortesanos un lenguaje, que temo ha salido del infierno; porque cuando uno ha hecho negocio de que se le sigue provecho, aunque se haya llegado al fin de él por medios malos, torpes é ilícitos, y sea efecto muy en daño y perjuicio de tercero, lo salvan y excusan y tienen por bien negociado con decir: hizo su nego-

cio. Acerca de los inconvenientes y males que de la cortesana apobacion de esta manera de negociar nacen, se puede mucho más sentir que explicar; y así no digo más, sino que en las negociaciones de córte, aunque se negocie á pospelo, no se tiene por errado el córte.

Y si vmd. quiere bien entender qué cosa es la córte, cerrando esta carta se la definiré: que la córte es unas escuelas donde se enseñan y ejercitan todas las facultades buenas y malas, ó de otra manera, la córte es monte de tres tabernáculos: uno templo suntuoso y devoto de la religion cristiana; otro receptáculo del mundo y la carne, y el otro chiquero donde se ceban y engordan los siete puercos mortales; ó de otra manera: la córte es acogida y estanque de los sucesos del mundo; presa de mentiras, y navegacion donde siempre la aguja toma por norte al particular interes del navegante; ó de otra manera: la córte es día que descubre los buenos; noche que encubre los malos; carga enfadosísima para los sabios; gustoso entretenimiento para los ignorantes; senda trabajosa, estrecha y muy embarazada para el cielo; y ancho y deleitoso camino para el infierno: ó de otra manera, la córte es mar donde los peces grandes se tragan á los peces chicos; tierra poblada de sucios gusanos, ratiles (1) venenosos y fieras rapaces; aire lleno de piadosas cigüeñas, amorosos pelicanos y caudales águilas, y cielo donde el sol y la luna resplandecen, é infinidad de estrellas centellean é influyen. Y por acabar con las definiciones de la córte y esta carta, digo: que la córte es una universidad grave, autorizada, lustrosa, llena y muy vária, donde tienen votos, así los malos como los buenos, así los simples como los prudentes; donde Dios es muy temido y acatado, el demonio muy agradao y seguido; donde los altares del templo de Vénus y Cupido están siempre humeando con sacrificios de necios y tontos; donde el dios de los epicúreos tiene la mesa más llena, y Baco tiene la mejor y más combatida bodega; y donde la justicia es más poderosa y rigurosa, y los bellacos más y más principales. Y nuestro Señor, etc. De la córte (2).....

II.

Carta escrita al capitán Mondragon, en que se describe la milicia de una isla.

(Es útil para la noticia del lenguaje militar y algo del orden de la milicia.)

Muchos días há que no he visto carta de vmd.: no sé si lo han causado las militares ocupaciones en que su majestad le emplea de ordinario, ó tenerme por hombre del otro mundo despues que estoy fuera de los términos y promontorios de España. Si lo causa la primera causa, no me parece

(1) Está sin duda por « reptiles. »

(2) No tiene fecha la carta; pero de presumir es la escribiere ántes del año 1567, en que obtuvo el gobierno de las Canarias. La célebre carta de los *Cata-riberas*, que más adelante se inserta, la escribió en 1560, en Toledo, estando allí la córte, y él pretendiendo una vara de corregidor.

que en buena amistad es bastante descargo; que pues la pluma no embota la lanza, tampoco la lanza debe desjarretar la pluma. Y pues Julio César en el mayor fervor y conflicto de sus guerras y batallas escribía de noche todos los sucesos del día, bien podría vmd. alguna noche escribir una letra á quien tanto la desea, y por obligacion de amistad antigua la debe. Y si esta remision la ha causado la segunda causa, paréceme (con perdon de vmd.) ménos causa. Pues quien trae (como vmd.) tan delante los ojos la muerte, y quien en los recuentros, escaramuzas y asaltos anda cada día casi á brazo partido con ella, no hay para qué deje de tener memoria de los que están en el otro mundo. Y porque en esta parte tengo por ménos inconveniente estar yo justamente, quejoso de vmd. que no vmd. lo esté de mí, quise escribir ésta significando la milicia de esta isla (3), para que entendiendo que yo escribo desde la guerra, se tenga vmd. por más obligado á hacerme lo que pido. Que tambien aquí se ofrecen peligrosas suertes del fiero Marte; tambien aquí la diestra Bellona tiene su escuela de armas, y aun tales discípulos en ella como vmd. entenderá por lo que se sigue.

Y pues del general es el primer lugar, será bien que primero tratemos de los generales de esta milicia y ejército; los cuales siempre son bachilleres, porque son los gobernadores que su majestad aquí envía para administrar justicia. Andan con sus saboyanas y bonetes; sus armas ofensivas y defensivas son la vara. Es gran contento, y animase mucho la gente de ver un general de éstos manejar y revolver su mula, y más cuando algun arcabuz se dispara, que ella misma se revuelve y desmanaja, de manera que saca al general en un momento mil pasos del escuadron, y aun á veces arrastrándole por el campo.

Está la milicia nuestra dividida en tres tercios, cuyas cabezas son tres maestros de campo, ó por mejor decir, maestros del campo, porque saben harto más del campo natural que produce los frutos para el sustento de la vida humana, que del campo militar que los gasta y consume: y son muy más prácticos en lo de la *Geórgica* de Virgilio y *Agricultura* de Collumela, que en las *Reglas* de Onosandro ni en las de Vegecio; y así saben muy mejor cuándo y cómo se han de excavar y podar las viñas, sembrarse y escardarse el trigo, y derramarse las otras simientes en la tierra, que cómo se ha de juzgar la gente de guerra, ni cómo se han de hacer ni ordenar los escuadrones, ni cómo se ha de escaramuzar, arremeter, retirar, ni otra cosa alguna que al oficio de maestro de campo incumba.

Capitanes de infantería hay quince ó veinte, á los cuales algunos soldados no llaman capitanes, sino capitales enemigos, porque les hacen pelear sin sueldo con las cepas de sus viñas al tiempo de la cava y poda, en lo cual trabajan y sudan harto más que si peleasen con crueles contrarios.

(3) La de Tenerife, de la cual y de las demás, denominadas Canarias, era el autor gobernador por los años de 1567 al de 73.

Pues los alféreces de estas capitánias, para plegar y desplegar las banderas, arbolárlas, ponerlas sobre el hombro izquierdo con gran bizarria, entregarlas al viento que se las tienda y haga tremolar y campear, y esconderlas cuando convenga; defenderlas hasta la muerte, perder las vidas de los cuerpos ántes que las banderas de las manos, bien hay entre ellos quien lo haga, y mayormente ahora que las banderas todas están nuevamente lucidas y renovadas como sambenitos; lo cual no era en años pasados, que en todas ellas no se atáran diez maravedís de todas semillas, porque estaban muy rotas y maltratadas de largas guerras que con los ratones habian tenido.

Sargento mayor y menores hay muy diestros, que saben muy bien formar sus escuadrones en cuadro, en punta, en círculo y de otras muchas maneras; saben guarnecerlos y fortificarlos en la vanguardia y la retaguardia; saben sacar sus mangas de arcabuceria, aunque algunas veces (si no son todas) la vanguardia va hecha vaga guardia, y la retaguardia ataharre, y las mangas todas rotas. Y es mucho de ver cuando alguno de estos sargentos, capitanes ó maestros de campo guia un caracol cerrado, y al tiempo del deshacerle, verle que no atina más á salir del que si se hallase en el centro del laberinto de Creta ó en el buche de la ballena que tragó el profeta Jonas. El sargento mayor tiene gran cuidado de dar el nombre á las velas, y no nombres de Santiago, San Miguel, San Jorge ni otros santos, sino nombres de que ellos más gusten; y así unas noches les da por nombre la Vimbrera, Bel-terreno, ó Breña verde, que son unos pagos que hay, de donde proceden muy buenos vinos; otra noche la Bermuda, porque es una badulaquera que hace muy gruesas morcillas; y otra noche la madre Rioja, que es otra madre Celestina.

Hay hombres de grandes cabezas y experiencia, que se juntan con el general á los consejos de guerra fuera de los regidores; aunque los regidores son tan sabios y expertos en las suertes de la malicia (digo de la milicia), que no sé yo si el Gran Capitán, ni el señor Antonio (1), ni el señor Alarcon, ó el de Pescara, ó Mariñano (2), entendieran la tercia parte de lo que ellos entienden. Los del Consejo, que no son regidores, hanse escogido por su larga experiencia; porque hay algunos que há cincuenta años que estuvieron un año ó dos en Zafin, ó en Cabo de Ager y Mazagan, y otras fronteras de Berbería, en servicio del Rey de Portugal, y así entienden muy bien lo de la guerra vieja y dan la mitad de sus consejos en arábigo. Hay otros mozos de poca edad, empero de muy más poco entendimiento, recién venidos de Italia, donde pasaron por ciertas plazas y alojamientos de soldados bisoños, yendo á impetrar beneficios, rescriptos ó indultos de la Sede Apostólica que les importaban; á los cuales se dió de tal

(1) Probablemente Antonio de Leyva, el castellano de Pavia.

(2) Juan Jacobo de Médicis, marqués de Marignano y hermano del papa Pio IV, fué uno de los generales de Carlos V que más se distinguieron en la guerra de Alemania.

manera el arte militar en los pocos días que con los soldados de Italia comunicaron, que traen en la uña todo el uso y reglas de la guerra nueva; y aun á algunos sobra papel y tinta, segun traen las uñas crecidas y sucias. Y cierto, juntos estos soldados con los de la guerra vieja, y el general y regidores terciando, no hay más que oír, y se podrá decir ésta mejor escuela de la milicia que fué la academia de Atenas de la Filosofía; salvo que para entender los consejos de los maestros de la guerra vieja es menester una lengua arábigo, y para los pareceres de los de la guerra nueva es necesario un intérprete de la lengua toscana, y aun otro que declare los términos que ellos usan del frásis militar, que acá no se entiende más que el Nuevo Testamento. Para lo de los regidores no es menester expositor, porque todos hablan la lengua vulgar.

Vinieron este año los moros sobre una isla comarcana, por lo cual convino en esta isla juntarse á consejo de guerra, donde se tuvo un consejo de tanto peso é importancia, que era digno de perpétua estampa. Porque el Gobernador, que es capitán general, propuso que sobre aquella isla estaban quinientos moros y dos mil bajáes, los cuales traían carracas de remos, y podrian venir con facilidad á esta isla, que mirasen qué convenia proveer para que no nos tomasen durmiendo. Luégo salió uno de dos médicos que hay en cabildo regidores, diciendo que convenia todos los vecinos tomasen de un filonio romano ó el zumo del opio, que era cosa muy probada para desterrar el sueño de los ojos. El otro médico dijo: « Buen olor de polvos de castóreo ó de pimienta rociados con vinagre les manda vmd. tomar para no dormir. Yo fio, si toman el filonio (3), ó el opio que vmd. dice, que duerman tanto, que pueda ser hallar, cuando recuerden, pasada su era, y mudado el cuño de la moneda, como los siete durmientes. » Otros regidores dijeron que se tapiasen las calles con tapias de cien codos en alto, porque los moros tuviesen necesidad de llamar á las puertas, y no se entrasen sin llamar, saltando las bardas. Otros, que se cegasen los puertos y caletas de la isla (que son más de trescientos, de profundísima altura), porque los moros no pudiesen tomar tierra. Y otros que se fuese la gente á dormir á las montañas desde luégo, porque los moros no les tuviesen atajados los pasos al tiempo del menester. Sobre lo cual se altercó y voceó tanto por todos á un mismo tiempo, que parecian muchachos que leen en la escuela; y aunque ni unos son Oñez ni otros Gamboas, ni unos güelfos ni otros gibelinos, no se acababan de resolver; y así salió un maestro de la guerra vieja, y dijo: « Si aquí vinieren los moros, procuraremos cogerles los almogavares, que ellos nos dirán qué gente es ésta, si vienen buenos adalides y valientes alcades en ellos; yo creo que son morillos gilmeros de los que no hay que temer, y que no vienen entre éstos de aquellos alárabes esforzados que cuando

(3) El original decía *filonio*; pero se ha corregido conforme está. El filonio (*philonium*) era un medicamento muy usado en la antigua farmacopea.

estábamos en la frontera revolvan contra nosotros en las escaramuzas, batiendo las piernas á los caballos á toda furia, embrizadas las adargas y blandiendo las lanzas con rebozos de alcazales ante los rostros, porque no viésemos si se les mudaba el color, y venían cantando de esta manera: *Menzab al-mozarac y darga zemel quifizinina yahorren tayni yagrini, ya nuarti lex mati qui limi ni. Amuley ti naarfixi hamelu illium* (1). Y cantábalo el buen capitán viejo en el cabildo como lo cantara el alárabe en Berbería. Luégo salió otro de los maestros de la guerra nueva, y dijo: «Si los moros vinieren á nuestra isla, en nuestras casas nos toman, adonde podremos comer piñatas podridas cuando quisiéremos, y ellos comerán bizcocho lleno de gusanos, si lo tuvieren.—No estamos en tiempo ni en tierra tan fría, que no podamos muy bien jugar las armas á cualquier hora; que esta tierra no es Alemania, donde me acuerdo que estando en campaña nos acaecia no poder ligar con las manos la ligagamba, ni atar una estringa, ni áun sacar la hoja del fodro, y los estivales se nos quedaban pegados á las calzas con el hielo: levántense mil hombres y marchen luégo al puerto; alójense en sus cuarteles, tengan allí sus personajes, sepan ordenarse de manera que cuando convenga, su escuadrón se cierre y abra, y sepan sacar sus mangas de arcabucería, que aunque no tengamos los herreruelos de Alemania, ni los tercios de Nápoles y Sicilia, no nos ofenderán; que ellos no traen cañones reforzados, ni culebrinas, ni serpentines, ni sacres con que nos batan la fortaleza, ni puedan romper lienzo de ella, ni traen mantas de guerra, ni ingenios para este combate.—Si pareciere á vuestras mercedes que en aquel repecho, que está á caballero del cubelo viejo de la fortaleza, se haga un bestion, donde se planten dos pasamuros, dos falconetes y media docena de versos y esmeriles, y mosquetes entre sus cestones para que ayuden á defender el cubelo; fortificando esta artillería con foso y trinchea, vayan cincuenta gastadores que lo hagan, y con esto, si vinieren, dejámoslos saltar en tierra á hacer sus correrías, echarémos nuestros espías de á caballo tras ellos, y en haciendo alto, darles hemos Santiago, al matín, encamisados (si nos pareciere), porque aunque nos mezclamos con ellos nos conozcamos, y harémoslos recoger á sus galeras, de manera que nos dejen mucho despojo en las uñas, y por lo ménos les pillarémos el bagaje.»

Sobre este parecer se levantaron y multiplicaron las voces largo rato: al cabo del cual la resolución del pesado consejo fué que se avisase al alcaide de la fortaleza que no durmiese á prima noche, y tuviese los paveses sin polvo, y las espadas de la fortaleza fuera de las vainas para más presteza, y se pregonase, para animar al pueblo, que ninguno te-

(1) Parece canto guerrero de los que usaban alárabes y beduinos en la costa africana. Está en dialecto vulgar, y además tan desfigurado por la escritura, que no es cosa fácil atinar con su significado. Empieza: «El campo de las picas y de las duras adargas», y parece concluir: «¡Oh señores, mis camaradas! cargad sobre ellos.»

miese á los moros sopena de tres reales de vino para las guardas del fuerte. Y con esta resolución se salieron sin tomar otra.

Salidos de este cabildo, juntáronse luégo los regidores en otra casa á reir de las cosas que habían dicho los maestros de la guerra nueva y vieja. Y dijo uno: «Mirá (2) por mi vida lo que dijo el capitán viejo, que cogiésemos los almogavares de los moros, por decir las almojabanas; como si ellos trajesen almojabanas para su regalo.»—Otro dice: «Pues ¿no vistes qué buena sonada dió á la canción arábica? mirá quien nunca entró á pelear cantando, donde lleva tanto peligro de muerte.—Y aquellas piñatas podridas (dice otro) que dijo el soldado nuevo que habíamos de comer en nuestras casas, ¿no fuera mejor que si tuviéramos piñas en esta isla, comiéramos los piñones sanos y buenos?—Pues ¿qué campaña era aquella de Alemania (dice otro) en que estuvo nuestro capitán nuevo, donde hacía tanto frío, que no se podían atar las ligabambas? : los que están en las campanas, badajos suelen ser.» Otro dijo: «¿Qué animal es aquella estringa que no podían atar? Y ¿qué árbol es el fodro, cuya hoja dijo que no podían sacar? que cierto yo no tengo más noticias dél que de los más ignotos del paraíso terrenal.—Pues ¿no estuvo buen disparate (dice otro) lo que dijo, que los estivales se les pegaban á las calzas con el hielo? paréceme á mí que los estivales, siendo vapores secos del estío, más se pegarán con el calor.—Y áun á mí me parece lo mismo (dice otro), y que no fué grande el aviso que se levanten mil hombres que marchen al puerto; porque si no se levantan, y están acostados ó sentados, mal irán á mercar, que es lo que él llama marchar, hablando á la soldadesca.—Pues más dijo (dice otro), si vuestras mercedes se acuerdan, que los mil hombres se alojasen en sus cuarteles, como si la mar de nuestro puerto fuera de aloja, y como si estuviéramos en Alimaña ó Flándres, donde se tejen manteles de muchos cuarteles para tanta gente.—Y la gente que al puerto fuese (dice otro), ¿iba á fiestas y momerías, que habían de tener personajes? Y el escuadrón de la gente ¿había de tener puertas para cerrarse y abrirse? Y ¿qué alcabucería habían de sacar los soldados en las mangas?—Mas mirá (dice otro), ¿para qué queríamos acá los herreruelos de Alimaña? que áun un herrero que tenemos nos sobra; más nos hicieran al caso las tercias de Nápoles y Sicilia que dijo pues el Rey no nos quiere dar para estos gastos las que aquí tiene del pan.—Pues ¿no estuvo muy donoso (dice otro) el término de batir la fortaleza? como si fueran huevos para freir en tortilla.—Y ¿qué culebras y serpientes (dice otro) son aquellas, que dice que no traen los moros?—Y sacres también dijo (dice otro), como si los hubieran de traer para matar garzas en esta isla. Aquello que dijo que no romperán los moros lienzo de la fortaleza, creo yo; porque si en ella hubiese lienzo, tengo para mí que el alcaide

(2) Manera vulgar de pronunciar y escribir el plural del imperativo.

ternia más camisas, que me afirman que no tiene sino una, aunque ésa muy bien servida; porque para el servicio de ella sola, dicen que tiene media docena de gorjales y puños.—Las mantas de guerra que él dijo (dice otro), querria yo que trajesen los moros; quizá rescatáramos algunas, que deben de ser grandes y de mucha lana, pues las traen para cubrirse en el campo; ingenio para combatirnos todos ellos tendrán poco.»

«Pues ¿no estuvo bueno (dice otro) decir que se haga un bestion en el repecho? ¿Quién le ha de hacer? Hágale Dios, que le hizo á él; que aquí no somos criadores para hacer criaturas. Y que se planten allí pasamuros, como si fuesen árboles y otras plantas, que estén entre cestones; mirá qué fuerza pueden dar los cestos de la vendimia, por grandes que sean.—Más fuerza me parece á mí (dice otro) que dará la trinchea, que dijo; porque si hay que trinchar estará la gente reforzada. Y esto pudieran gastar bien los cincuenta gastadores que dijo que fuesen; y no sé yo qué otra cosa hay que gastar, para que hayan de ir gastadores al puerto.—Mas ¿qué quiso decir (dice otro) cuando dijo que el repecho estaba á caballero del cubelo?—En eso diria (dice otro, riendo) que el repecho estaba caballero sobre el cubelo; sino que no declaró si á la jineta ó á la estradiota. ¿Y qué correrías de lonja habían de hacer los moros en nuestra tierra? Y ¿qué alto habían de hacer? ¿Habíamos de consentir que tratasen, y que hiciesen torres altas en que se hiciesen fuertes?—Y teniendo el Santo Oficio en esta tierra (dice otro), ¿habíamos de dar á Santiago á los moros? y al matín ¿y el alma? Pues ¿no fué buen aviso (dice otro con mucha risa) que vamos encamisados para conocernos? Como si no hubiesen de ir las camisas debajo de los sayos y jubones. Y que pillarémos el bagaje y que pelearémos en vago; mirá qué parecer tan importante.»

Así hacen conversación los sabios regidores de lo que proponen y tratan los expertos maestros de la guerra nueva y vieja; y pasa el negocio de tal manera, que los capitanes de la guerra vieja murmuran de los soldados de la guerra nueva; los soldados de Italia escarnecen á los fronteros de Berbería; los regidores mofan de los unos y de los otros; el pueblo riése de todos; y el mundo puede murmurar, escarnecer, reir y mofar de todo este pueblo y ejército.

Atambores hay escogidos oficiales, aunque todos son negros; tocan el recoger, la órden, el marchar, hacer alto, el arma, la escaramuza, la plegaria, el arremeter, la batería, el retirar; y todo lo tocan á la sonada del gurrumbé ó chanchamele y otros guineos.

De pífaros hay gran falta, si no se toman el día de la necesidad de los del ejército porcuno.

Dos trompetas hay para la gente de á caballo, tan roncas y desacordes, que los caballos no las conocen por tales; de los caballeros muchos las entienden, y se animan y encorajan con su sonido; porque parece que van sonando en remembranza de la

pasion de nuestro Señor Jesucristo, como las que se tocan en Juéves Santo.

La gente de esta isla generalmente es muy animosa, y en especial los capitanes; de los cuales alguno luégo en viendo que se descubre vela por la mar, aunque sea de diez leguas, encamina su mujer é hijos é cofres á la montaña; y les avisa que tomen cueva ó sitio donde él también pueda haber, si allá fuere.

Los soldados son unos Césares, en especial los ratifios portugueses (que hay aquí muchos), que en oyendo nueva de enemigos y viendo á cualquier hombre rico de la isla, dicen por él unos á otros: *ollay elle garde a sua facenda, que eu naõ teño que gardar ainda mais que a miña persoa: por ende, per os evangellos, oue si os enemigos veñen a illa, logo me fujo a as montiñas mais altas.*

La disciplina y órden militar, ni el guardar los bandos y órdenes de sus capitanes no les da mucho gusto; porque como son gente tan belicosa y orgullosa, dicen que eso de órdenes es bueno para obispos que las dan y clérigos que las reciben, y para los religiosos que las profesan, y no para ellos, que ni nacieron para ordenar, ni para ser ordenados. Son diestros, airosos, y muy gallardos; las picas llevan como penitentes que llevan cruces á cuevas; los montantes juegan como yeseros las palancas con que majan las granzas; las rodela por bajo amparando las braguetas, y las espadas tirando tajos y reverses por alto. Para tirar los arcabuces atiéstalos hasta las bocas de pólvora; tómanlos por medio del cañon con la mano izquierda, y sacan el brazo al lado cuanto pueden, porque no les toque el fuego (que le temen mucho); y al tiempo del pegar la mecha con la otra mano, vuelven el rostro á la otra parte, como los flacos que aguardan la lancetada del sangrador; y áun al disparar del tiro cierran los ojos y pierden el color, y tiemblan como casas viejas. Las balas que tiran son balidos, porque van baltando por comer; no tiran perdigones al enemigo, que en sus cuerpos los echan cuando los tienen. Son de gentil y cierta puntería, y más con escopetas de vidrio. En tocando un arma, y diciendo ¡enemigos! andan los valientes, los Guzmanes, por la ciudad ardiendo como fuego de estopas, y en saliendo al campo para ir al puesto, acábase la llama de estas estopas, y quédanse escondidos por los barrancos y quebradas de la tierra: unos dicen que á proveerse; otros que á acechar á los que se vuelven; y otros afirman que quedan en celada para si los enemigos entraren la tierra adentro.

¡Oh qué lástima y que dolor tan grande es ver estos días de rebatos la gente de guerra que baja al puerto, cuando se despiden de los que bien quieren! El marido derramando lágrimas se abraza con su mujer diciendo: «Quedáos á Dios, mujer mia, que no sé si nos verémos más»; y pégase con ella tanto, que ántes que se despegase, serian los enemigos idos, aunque estuviesen sobre la isla un año, si el general no entrase á arrancarle como á clavo con tenazas. El hijo temblando dice á la madre: «¡Oh

madre mía! ¿quién pudiera ahora encerrarse en ese vientre, do me trajistes, por no me apartar de vos en tiempo de tanto peligro?» El padre dice á los niños: «¡Ay hijos míos, salidos de mis lomos, para qué me apartan de vosotros, que sois mis hijos, á quien yo amo tanto, y me llevan á ver moros, que no los querria ver más que á todos los diablos! Empero cuanto oír esto es dolor y pena, es grande contento ver cuando estos rebatos se ofrecen de noche, salir el capitán de la ciudad (digo el que está señalado para quedar con cierto número de gente en guarda de la ciudad, cuando las otras compañías bajan al puerto), con el cual solo creo quedaria la ciudad muy segura, porque allende de ser hombre de ochenta años arriba, cuyo ánimo, vigor y fuerzas no pueden dejar de estar muy vivas con el calor de la sangre nueva, saca tan bien armada y aderezada su persona, que la espada Durindana de Roldan, ni aún la Balisarda, que cortaba las armas encantadas, no pasaria las suyas. Porque en la cabeza saca una celada de paño azul con su haberon muy baboso, que algunos llaman papahigo, y debajo su bonetillo colorado, y un tocadorcillo de tres varas de lienzo con una caperuza jaen, y encima un sombrero encasquetado, que no le llegarán al casco lanzas del cielo que cayan; saca dos pajes de armas á los lados, uno de espada, que le ata y desata la agujeta de la martingala cuando es menester, y otro de lanza, que á cada paso le pone el orinal en la mano, porque con la alteracion de los rebatos cada momento ha menester poner la lanza en cuja.

El alferez es muy conforme al capitán; saca un abanderado, porque él harto tiene que llevar, y sustentarlo con ambas manos el peso de una arroba de potra que delante le cuelga.

Los soldados de esta compañía son conformes al caudillo, y escogidos de propósito para que las mujeres queden seguras de estupro y fuerzas, y libres de los rayos de sus ojos, aunque no de los del ojo de cualquiera de ellos. Son los soldados de todo este ejército tan bravos, que si cualquiera de ellos se halla encima de una cuba, la beberá la sangre de mejor gana que Tomiris bebió la sangre de Ciro, y los numantinos la sangre de los romanos. Es gran contento verlos arremeter (digo á las tabernas), y es gran gusto verlos retirar (digo hácia sus casas) en descuidándose el capitán y cabos de escuadras. Un día de alarde es cosa de ver la brava competencia que hay entre los capitanes sobre la vanguardia y retaguardia; y el día que se ordenan para cosa de veras, todo el ejército querria ser escuadron, y que su vanguardia fuese todo el Océano, y en su retaguardia los Alpes y Pirineos con el monte Olimpo encima.

Después que los moros acuden á estas partes, hay muchos que tratando de lo que seria de los vecinos si viniesen á esta isla, se les va la lengua á la ley que piensan guardar en este cuento, y dicen alzando las manos al cielo: *Alá xadibor* (1). Otros dicen:

(1) *Allah adillim* (Dios solo es sabedor), expresion muy frecuente entre los árabes. Los moriscos aljamiados pronunciaban *xadibor*.

Gracias al Dios de Abraham, que puso sinagogas y juderías en Berbería.

Andan en este ejército más diferencias de bandas, que de ritos y setas entre los herejes é infieles; porque aquí tenemos las bandas rojas de España, las blancas de Francia, las azules de Normandía, las negras de Bretaña y las amarillas de Alemania, y otras de diversos colores y diferentes naciones. De manera que ninguna nacion de gente enemiga podria aquí venir que no hallase contrarios con quien pelear y amigos que le ayudasen. Armas hay muchas; y ¿qué tales? Picas, pero pocas, y éstas mejor para picar bueyes que para traspasar turcos. Espadas, no como la Tizona del Cid, empero como negros tizonas. No han menester alabardas, que albardas se son ellos; ni partesanas más que sus dientes, que parten lo sano para sí mejor que cuantos partidores de herencias hay. Arcabuces muchos y bien aderezados de todas municiones; para diez hay un frasco y para ciento un murrón (2). No se usan en esta guerra arneses de piezas dobles, porque no se han de esperar golpes que hayan menester tanta resistencia, y para su manera de pelear esles grande impedimento el ir encambrados, porque pelean huyendo por los riscos más que cabras. Ni usan arneses de seguir, pero tráenlos de seguidos, que es morrion de grana, redondo y sin cresta, gola, peto, espaldar, brazales, guarda-brazos y quijotes de lienzo; gocetes de lana, manos sin mandiletes, piernas sin grevas ni calzas, piés sin escarpes ni zapatos; con las cuales armas pelean tan bien, que ni los enemigos les ven los pechos, ni les pueden dar palmada en las espaldas. Tampoco usan coseletes de infantes, porque dicen que no son armas suyas, pues no son hijos de rey, ni usan otros cuerpos de armas, y aún cuerpos de almas hay muy pocos entre ellos; ni aún almillas no usan si no son de grana. Muchos se infunden el alma de Baco, y éstos van los más animosos entre tanto que les duran estos espíritus vitales, y acabados estos humos quedan como cuerpos desangrados. Usan rodela bravísimas de pintura: unas con serpientes que espantan; otras con san Jorge que pasa al dragón con la lanza; otras con Santiago derribando moros con su caballo y espada, y otras con san Miguel que tiene el diablo á sus piés vencido; y con otras pinturas tan terribles, que si los enemigos lo consideran bien todo, temerán mucho ménos lo vivo que lo pintado. No cabalgan en caballos de la raza de Nápoles ni de los campos de Jerez, ni hacen potros de Alcaraz; de otras castas los tienen; y aunque aquí hay muy pocos, son

(2) Así en el códice; pero debe ser error del copiante por «morrion», que era el casco usado por los mosqueteros y demas gente de á pié. «Las armas del arcabucero y del mosquetero (dice Mendez en su *Arte Militar*, 1612) son todas ofensivas y ninguna defensiva, puesto que no traen más que el arcabuz ó mosquete, y las cosas que le pertenecen, como son horquilla, balas, pólvora, cuerda ó mecha, frasco, polvorera, portafrasco y bolsa para las balas, además de espada y daga. Defensiva no lleva ninguna, á no ser el *morrion*, que le defiende y guarda la cabeza.» Otro tanto viene á decir Pistofilo en su *Opiomachia ó sea Discursos de la Pica, de la Alabarda y del Mosquete*; Siena, 1621, en 4.^o

muy buenos caballos, todos de ambas sillas (digo de silla y albarda), recios de lomos, que traen leña del monte, como las acémilas de Sosa que sirven en la cocina real, tan mansos y humildes, que someten la cerviz á la collera y arado con toda mansedumbre, humildad é instinto. Son revueltos en gran manera, porque la mayor parte del tiempo los traen á los tornos al rededor de las atahonas, y así como andan seguidos y hechos al trabajo, son aptos para cualquier acto militar. Corren como sapos por aradas: paran muchos de ellos sin ser llamados; otros son tan sordos de boca, que aunque les hagan pedazos los dientes, no oyen las alabadas del freno. Muchos de ellos parten contra Oriente y paran hácia el Mediodía; otros salen del Septentrion y van á dar al Poniente.

De los caballeros, pues, ¿qué hay que decir sino que son diestrisimos en el juego de la lanza y adarga, sino que como entre cada dos piernas de caballero va un animal de cuatro piés, tan grande y feroz como es el caballo, y los dos piés van encajados en dos estriberas como en dos bretes, ligados y encerrados los tobillos y carcañales con las espuelas y acicates; el peso de la espada sobre el muslo, la adarga sobre el brazo izquierdo, la rienda en la mano zurda, la lanza en la derecha; ¿cuál diablo se ha de menear y revolver en la silla, ni jugar la lanza y adarga? Si la lanza del moro viene por detras bibrando el hierro como lengua de culebra, perdona la señora espalda del jinete, que la adarga ni sabe ni puede cubrir el cuarto trasero. Pues si viene el golpe sobre el lado de la lanza, allí es el sudar y el temblar y perlesía de todo el lado derecho; porque cualquiera de estas adargas es de cuento, y parece de encaje, como tablachina de húngaro, que no hay menearla de sobre el lado siniestro, porque así se le manda el corazón, que está delante de él y le ampara, y todo lo demas del cuerpo se valga por sí.

Caballos ligeros no se usan en esta guerra, porque se congojan debajo de una celada engolada ó borgofiona; ni saben llevar la lanza en cuja, que parece lanza coja, ni ponerla en el ristre, que parece que ponen una ristra de ajos; ni se quieren obligar á llevar espada y daga en la cinta, y estoque y hacha colgando del arzon, que dicen que parecerian tiendas de espaderos. Ni aún se atreven á cabalgar á la brida, aunque los aceros de las sillas les lleguen á las barbas y colodrillos, y las borrenas les ciñan los muslos y se les cierran como llaves; porque dicen, y muy bien, que de qué sirve llegar el arzon delantero á la barba, si el hombre de armas no es de barba, ni el arzon trasero al cerebro, si el cerebro está vacío; y que de qué efecto serán las borrenas, si los muslos que han de ceñir son de borra.

Una fortaleza hay sobre el puerto, que si no hay más fortaleza en los pechos de la gente de la isla, en breve rato ella mostrará la poca que en sí tiene. Tratose en días pasados de hacerle una barbaca, y muchos lo contradijeron, diciendo que no eran menester viejos con barbas canas para defender la fortaleza, sino buena gente, moza y recia. Tratose

también de hacer una fortificación delante de ella á manera de trinchea de céspedes, y muchos lo contradijeron, diciendo que qué resistencia habian de hacer los céspedes; pues el fuerte Céspedes no se pudo defender de los morillos de Granada. Tiene la fortaleza buena artillería, aunque poca; tiene para esta artillería muy buen conde-establo y artilleros, y tales, que les acaece asestar de puntería la pieza á una montañeta que está á trescientos pasos, y no acertar la bala en todas las montañas. Está bien apercebida la fortaleza de todas armas y municiones; porque demas de las piezas gruesas hay ciertos arcabuces sin llaves, ciertas picas sin hierros, ciertas espadas mohosas, algunos paveses del buen tiempo; pólvora mucha, más de tres quintales y medio; mucha ropa para el vestido de los soldados; bastimentos á hartura; mucho bizecho, mucho trigo, centeno, cebada, mucho vino, vinagre, sal, muchas cecinas, pescados ceciales y quesos, muchas legumbres de garbanzo, lenteja, haba; mucha leña y carbon, atahonas, molinillos, hornos, y una grande cisterna, aunque sin gota de agua; y tan llena está la fortaleza de todo lo demas, en tanto que podria diez años estar sitiada como Troya, sin que la tomen más por hambre el día postrero que el primero.

Pues en la vela de ella no hay descuidar, que en los tiempos necesarios no hay día que el general no mande ir más de veinte soldados, y que no vayan por lo ménos más de dos ó tres; y éstos de los que convienen, no gente holgada y briosa, que no quieren meter en la fortaleza más pólvora (que harto poca se tiene ella), sino gente amortiguada y cansada de cavar y arar y trabajar en el campo todo el día; que duerma y calle y no ponga la fortaleza y alcaide en rebato. De esta manera nos velamos en esta isla; de esta manera nos guardamos y apercebimos contra cualesquier enemigos que vengan. Y prometo á vuestra merced que está la gente tan animosa, que tengo para mí que por muchos enemigos que salten en tierra, han de matar muy pocos de los de este ejército; del cual no sé si me queda más que decir para que vmd. entienda su cualidad y suerte. Lo que á la pluma ha faltado, supla el buen entendimiento y larga experiencia de vmd., cuya persona y estado nuestro Señor, etc. Fecha en 10 de Noviembre de 1568 años.

III.

Carta escrita al licenciado Miranda de Ron, particular amigo del autor, en que se pinta un navio, y la vida y ejercicios de los oficiales y marineros de él, y cómo lo pasan los que hacen viajes por la mar.

(Es útil para la noticia del lenguaje marino.)

Qui navigant mare, enarrant pericula ejus. Los que navegan podrán contar los peligros del mar, dice el que mejor lo sabe. Y así, como hombre que por mis pecados he navegado, quise contar á vmd. los trabajos de mi navegacion, aunque (á Dios gracias) fueron sin ímpetu de mar ni cosarios.

Hallándome sin provision en la isla de Tenerife,